

desque fueron dentro en ella—hiciéronle mala habla :
 «Sed preso, conde de Luna,—que el rey por mí os lo manda,
 porque os alzais con Sevilla,—con Sevilla y con Triana,
 y robais los mercaderes—que por esta tierra pasan,
 y forzais vos las doncellas,—esas que mas os agradan.»
 —«El rey bien puede prenderme,—mas de mí mal se infor-

[mara;

que no he revuelto á Sevilla—ni nunca dueña forzara»;
 mas el rey dende á dos días—Alfonso Gonzalez manda
 que lo lleven luego á Olmedo—hasta ver que dél se haga
 y le pongan en Braezne (*sic*)—que el castillo así se llama;
 hizolo Alfonso Gonzalez—como el rey se lo mandara,
 y la hacienda que él tenía—luego se la secrestaban,
 á Ixara y Millarán—el conde lo enagenara;
 esa condesa de Nieva—vino al rey que era su hermana,
 á suplicar perdone al conde (*sic*)—mas el rey no hizo nada,
 acabó el conde de Luna—en la prisión donde estaba.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 8o vuelto.)

17.

Romance de los Infantes de Aragón.

Alburquerque, Alburquerque,—bien mereces ser honrado;
 en tí están los tres infantes—hijos del rey don Fernando.
 Desterrélos de mis reinos,—desterrélos por un año;
 Alburquerque era muy fuerte,—con él se me habían alzado.
 ¡Oh don Álvaro de Luna,—cuán mal que me habías burlado!
 Dixísteme que Alburquerque—estaba puesto en un llano,
 véole yo cavas hondas—y de torres bien cercado;
 dentro mucha artillería,—gente de pié y de caballo,
 y en aquella torre mocha—tres pendones han alzado,

el uno por don Enrique,—otro por don Juan su hermano,
 el otro era por don Pedro,—infante desheredado.
 Álcese luego el Real—que excusado era tomallo.

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI* (Madrid, 1890), n.º 321. El *Cancionero de Palacio* que sirve de texto al de Barbieri no trae más que los cuatro primeros versos del romance: los restantes se han tomado de otro manuscrito de la Biblioteca Nacional (F-18). El hecho histórico á que se refiere pertenece al año 1430. (Véase la *Crónica* de D. Juan II.)

18.

ROMANCES FRONTERIZOS.

Del cerco de Baeza.

(Romance fronterizo.—I.)

Cercada tiene á Baeza—ese arráz Andalla Mir
 con ochenta mil peones—caballeros cinco mil.
 Con él va esse traidor—el traidor de Pero Gil.
 Por la puerta de Bedmar—la empieza de combatir;
 ponen escalas al muro;—comienzan le á conquerir;
 ganada tiene una torre—non le pueden resistir,
 cuando de la de Calonge—escuderos vi salir.
 Ruy Fernandez va delante—aquese caudillo ardil;
 arremete con Andalla,—comienza de le ferir,
 cortado le ha la cabeza;—los demás dan á fuir (1).

(Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*, fol. 287 vuelto.)

19.

Romance de Maymón, alcaide de Ronda.

(Romance fronterizo.—II.)

De Ronda sale el alcayde—Maymon por nombre llamado,
 caballero en una yegua—de fuertes armas armado.

(1) D. Aureliano Fernández-Guerra, en el discurso académico de contestación al de su hermano D. Luis (1873), dice que «este romance se escribió el año 1368, al infestar la superior margen derecha del Guadalquivir Mahomad V, rey de Granada, contando con la traición estéril de un mal caballero cristiano.» Pero como no consta que entonces fuese cercada Baeza, aunque sí saqueados Úbeda y Jaén, acaso pueda referirse con más probabilidad al memorable y glorioso cerco que aquella ciudad sostuvo en 1407.

Una marlota vestida—de terriopelo encarnado,
 de alto abajo guarnecida—de espineta y gandujado,
 y el capellar que traía—de damasco bandeado
 con mil piedras cristalinas—por todo el campo sembrado;
 fuecos de oro y plata fina—por guarnición lleva echado,
 dos lagartos de oro fino—con que lo lleva abrochado;
 las asiones son de ante—y el estribo era dorado,
 las espuelas son de plata—y el borceguí deribado
 de cordobán de Turquía—por los cantos argentado,
 las rodillas descubiertas—mostrando ser esforzado;
 la barba lleva cortada,—todo el rostro demudado;
 en su mano gruesa lanza—todo el brazo arremangado;
 una toca en su cabeza,—todo el cabello encrespado;
 en el adarga traía—un Mahoma figurado
 de bordadura de plata,—los oscuros de morado;
 en sus manos una luna—con un sañudo mirado;
 los ojos vueltos al cielo—con semblante apasionado
 y la silla de la yegua—era de fino brocado
 con alcarchofas bordadas—de oro fino martillado.
 Diez moros lleva consigo—por ir á mayor recado,
 naturales de Moclin—moros diestros de á caballo.
 Camino va de Alburquerque—ese castillo nombrado,
 en busca de don Rodrigo—de Sotomayor llamado,
 á demandalle la muerte—de Celin su padre amado
 que lo mató en Antequera—siendo dél desafiado.
 Caminando juntamente—Alburquerque han allegado,
 dó mandó á sus caballeros—de quien iba acompañado,
 que pongan su rica tienda—en un deleytoso prado,
 que junto á la villa estaba—de puertas acompañado,
 do pidió papel y tinta—antes de haberse apeado.
 Lo que Maymón escribía—diré si no estoy olvidado:
 «Don Rodrigo, don Rodrigo—serás por esta avisado,
 que tendrás campo conmigo—que te soy aficionado;
 porque tu gran valentía—y tu cuerpo apersonado
 es notorio por el mundo—y en África eres nombrado;
 mas *otra* de todo aquesto—soy á matarte obligado,

pues te atreviste á matar—aque! que me hubo engendrado.
 Vista mi letra, saldrás—apercebido y armado :
 de treinta te doy licencia—que salgas bien rodeado,
 todos con armas debidas—con que cada uno es armado;
 que yo haré conocerte—mi grandeza y alto estado,
 sacándote el corazón—por quedar mejor vengado;
 el cual llevaré á Antequera,—como dejo concertado,
 donde mis moros le vean—de quien es bien deseado.»
 La carta dió al mensajero—y del moro se ha apartado
 y en cantidad de una hora—dentro en Alburquerque ha en-
 [trado,

y á grandes voces el moro—por palacio ha preguntado.
 Don Rodrigo que lo vido—al mensajero ha llamado;
 el moro le dió la carta,—esta respuesta le ha dado :
 «Dile á Maymón tu señor—que está mal aconsejado,
 que con sola mi persona—daré fin á su cuidado;
 que para solo once moros—basta un cristiano avisado
 con las armas de la fé—de Cristo crucificado,
 llevando cruz por escudo—con la misma fé abrazado,
 con espada de justicia—en caridad enflamado,
 con lanza de fortaleza—y caballo regalado
 que se llama temperanza;—y el espaldar pavonado
 será el corazón de Cristo—por mí roto y lastimado;
 digo por mi redención—rompido y ensangrentado;
 y la sagrada María—de quien yo soy abogado
 será la celada fuerte—con que tengo de ir tocado.»
 Con estas armas su gente—en un punto lo han armado
 y con un veloz correr—salió todo encarnizado.
 El moro quando lo vido—de la yegua se ha apeado
 y en lugar de señorío—á don Rodrigo ha abrazado;
 y asi haziendo lo mismo—don Rodrigo se ha apartado.
 El moro sube en la yegua,—don Rodrigo en su caballo;
 el moro llama á Mahoma—en su esfuerzo confiado
 y don Rodrigo en su pecho—á Dios que el mundo ha criado.
 Vanse el uno para el otro,—recios encuentros se han dado :
 el moro con gallardía—su lanza le había arrojado

pensando de aqueste encuentro—acabar lo comenzado;
 mas fué vana la esperanza—y Rodrigo libertado,
 que cayó la lanza en tierra—terciándose en el costado.
 Don Rodrigo es animoso—y en la lanza muy usado,
 que le dió un encuentro al moro—con el cual mal de su grado
 le hizo perder la rienda—en un muslo lastimado.
 Los diez moros que esto vieron—prestantemente han cabalgado
 y el alcaide con sus moros—mal herido y afrentado
 por el campo van huyendo—y en un soto se han entrado.
 Don Rodrigo que lo vido—grandes voces les ha dado :
 «Venid, alcaide, por lana—y volvereis trasquilado.»
 y así se volvió á Alburquerque—con la honra que ha ganado.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Cracovia. Impreso en Granada por Hugo de Mena.—Noticia del doctor Eduardo Porebowicz, Cracovia, 1891, págs. 29-33.)

20.

Romance de Hernandarias.

(Romance fronterizo.—III.)

«Buen alcaide de *Canete*,—mal consejo habeis tomado
 en correr á *Setenil*,—hecho se había voluntario;
 harto hace el caballero—que guarda lo encomendado;
 pensásteis correr seguro—y celada os han armado.
Hernandarias Sayavedra,—vuestro padre os ha vengado,
 cá acuerda correr á *Ronda*—y á los suyos vá hablando
 el mi hijo *Hernandarias*—muy mala cuenta me ha dado,
 encomendéle á *Cañete*—él muerto fuera en el campo,
 nunca quiso mi consejo,—siempre fué mozo liviano,
 que por alancear un moro—perdiera cualquier estado,
 siempre esperé su muerte—en velle tan voluntario,
 mas hoy los moros de *Ronda*—conocerán que le amo.»

A Gonzalo de Aguilar—en celada le han dexado;
 viniendo á vista de Ronda—los moros salen al campo,
 Hernandarias dió una vuelta—con ardid muy concertado
 y Gonzalo d'Aguilár—sale á ellos denodado,
 blandeando la su lanza—iba diciendo: «Santiago
 á ellos, que no son nada;—hoy venguémos á Fernando.»
 Murió allí Juan Delgadillo—con hartos buenos cristianos,
 mas por las puertas de Ronda—los moros iban entrando,
 veinticinco traía presos,—trescientos moros mataron,
 mas el buen viejo Hernandarias—no se tuvo por vengado.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 82 vuelto. Es una variante de los números 73 y 74 de la *Primavera*.)

21.

Romance de la pérdida de Antequera.

En Granada está el rey moro,—que no osa salir della:
 de las torres del Alhambra—mirando estaba la vega,
 miraba los sus moricos—cómo corrían la tierra;
 el semblante tiene triste,—pensando está en Antequera;
 de los sus ojos llorando—estas palabras dijera:
 —«¡Antequera, villa mía,—oh quién nunca te perdiera!
 Ganóte el rey don Fernando,—de quien cobrar no se espera:
 ¡Si le pluguiese al buen rey—hacer conmigo una trueca,
 que le diese yo á Granada,—y me volviese Antequera!
 No lo hé yo por la villa,—que Granada mejor era,
 sino por una morica—que estaba de dentro della,
 que en los días de mi vida—yo no vi cosa más bella:
 blanca es y colorada,—hermosa como una estrella,
 sus cabellos son más que oro,—que el oro dellos naciera,
 las cejas arcos de amor—de condición placentera,
 y los ojos, dos saetas—que en mi corazón pusiera,

sus manos Deytebo (*sic*) son—no fué tan graciosa Elena.
 ¡Ay, morica, que mi alma—presa tienes en cadena! (1).

(Timoneda, *Rosa de Amores*, fol. 63 vuelto.—Wolf, *Rosa de Romances*, pág. 82.—Durán, *Romancero General*, núm. 114.)

22.

Romance de la entrega de Ronda.

(Fragmento.)

Pascua d'Espíritu Santo,—domingo, primero día,
 á las cinco de la tarde—cabalgó como solía
 ese buen rey don Fernando—con su gran caballería:
 fué á mirar á Ronda—cómo sola combatía;
 á poca pieza de rato—un mensajero venía,
 cómo los moros de Ronda—se daban con pleitesía.
 Allí respondió el rey..... (2)

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos xv y xvi*, número 331.)

(1) Aunque Durán calificó este romance de *morisco*, dándole además el caprichoso título de *Boobdil y Vindaraja*, no cabe duda que pertenece al género de los fronterizos, y que está fundado en el hecho histórico de la toma de Antequera por el infante D. Fernando. Los cinco últimos versos son artísticos, y malos; pero lo restante del romance parece del buen tiempo. Acaso le refundiría Timoneda, añadiéndole un tan desdichado final. El mismo Timoneda hizo de él una mala imitación que empieza:

Suspira por Antequera—el rey moro de Granada...

Wolf le incluyó con el núm. 76 en la *Primavera*, aunque lo merecía bastante menos que éste.

(2) Aquí queda interrumpido en el *Cancionero de Palacio*, que sirvió de texto al de Barbieri, este romance, cuya música es de F. de la Torre. La rendición de Ronda corresponde al año 1485. En el mismo *Cancionero* (núm. 332) se halla otro romance relativo al cerco de Setenil en 1484; pero tanto por estar incompleto al principio, como por ser extraordinariamente prosaico y desmañado, en estilo como de gaceta, no merece figurar aquí. Con el núm. 335 hay este principio de otro romance fronterizo, con música de F. de la Torre:

Por los campos de los moros
 el rey don Fernando iba,

sus batallas ordenadas;
 ¡oh cuán bien que parecía!...

23.

Romance del cerco de Baza.

Sobre Baza estaba el rey,—lunes, despues de yantar;
 miraba las ricas tiendas—qu'estaban en su Real;
 miraba las huertas grandes—y miraba el arrabal,
 miraba el adarve fuerte—que tenía la ciudad;
 miraba las torres espesas—que no las puede contar.
 Un moro tras una almena—comenzóle de hablar:
 —«Vete, el rey don Fernando,—non querrás aquí envernar,
 que los fríos desta tierra—no los podrás comportar;
 pan tenemos por diez años,—mil vacas para salar;
 veinte mil moros hay dentro—todos de armas tomar,
 ochocientos de caballo—para el escaramuzar;
 siete caudillos tenemos,—tan buenos como Roldán,
 y juramento tienen fecho—antes morir que se dar» (1).

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos xv y xvi*, número 330.)

(1) La ciudad de Baza se entregó á los Reyes Católicos en 4 de Diciembre de 1489.

En el mismo *Cancionero* de Barbieri (núm. 318) se conserva la primera copla de otro romance fronterizo, acompañada de su música:

Caballeros de Alcalá entraсте á facer presa	et fallastes un morillo entre Estepona y Marbella.
--	---

«Parece estar en muy inmediata relación con el que empieza *Caballeros de Moclin* (núm. 77 de la *Primavera*), porque ambos son del mismo asonante, y en ambos se trata de los *Caballeros de Alcalá*» (Nota de Barbieri.)

24.

Romance del rey Chico que perdió á Granada.

(Romance fronterizo.—IV.)

El año de cuatrocientos—que noventa y dos corría
 el rey Chico de Granada—perdió el reino que tenía.
 Salióse de la ciudad—un lunes á medio día,
 cercado de caballeros—la flor de la Morería.
 Su madre lleva consigo—que le tiene compañía.
 Por ese Genil abajo—el rey Chico se salía,
 pasó por medio del agua—lo que hacer no solía,
 los estribos se han mojado—que eran de grande valía.
 Por mostrar mas su dolor—que en el corazón tenía,
 ya que esa áspera Alpujarra—era su jornada y vía,
 desde una cuesta muy alta—Granada se parecía.
 Volvió á mirar á Granada,—desta manera decía:
 «Oh Granada la famosa—mi consuelo y alegría,
 oh mi alto Albayzin—y mi rica Alcaycería,
 oh mi Alhambra y Alijares—y mezquita de valía,
 mis baños, huertas y ríos—donde holgar me solía;
 ¿quién os ha de mí apartado—que jamás yo vos vería?
 Ahora te estoy mirando—desde lejos, ciudad mía;
 mas presto no te veré—pues ya de tí me partía.
 ¡Oh rueda de la fortuna,—loco es quien en tí fía:
 que ayer era rey famoso—y hoy no tengo cosa mía.»
 Siempre el triste corazón—lloraba su cobardía,
 y estas palabras diciendo—de desmayo se caía.
 Iba su madre delante—con otra caballería;
 viendo la gente parada—la reyna se detenía,
 y la causa preguntaba—porque ella no lo sabía.
 Respondióle un moro viejo—con honesta cortesía:
 «Tu hijo mira á Granada—y la pena le afigía.»

Respondido había la madre,—desta manera decía:
«Bien es que como mujer—llore con grande agonía
el que como caballero—su estado no defendía.»

(Pliego suelto de la Biblioteca Universitaria de Cracovia. Forma parte de una colección de 26 piezas del mismo género, salidos todos ellos de las prensas de Hugo de Mena en Granada de 1566 á 1573.—Noticia sobre estos romances (en polaco) por el doctor Eduardo Porebowicz, Cracovia, 1891, págs. 27-29.)

25.

Romance de la muerte del príncipe de Portugal.

Ay, ay, ay! qué fuertes penas!
Ay, ay, ay! qué fuerte mal!
Hablando estaba la reina—en su palacio real
con la infanta de Castilla,—princesa de Portugal.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Allí vino un caballero—con grandes lloros llorar:
«Nuevas te traigo, señora,—dolorosas de contar.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Ay! no son de reino extraño—de aquí son, de Portugal:
vuestro príncipe, señora,—vuestro príncipe real...
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Es caído de un caballo—y l' alma quiere dar;
si lo queredes ver vivo—non querades detardar.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Allí está el rey su padre—que quiere desesperar.

Lloran todas las mujeres—casadas y por casar.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal (1)!

(Manuscrito francés de fines del siglo xv, P. por Gastón Paris, *Romania*, n.º 3, pág. 373 y siguientes.)

26.

Romance del duque de Gandía.

Á veinte y siete de julio,—un lunes en fuerte día,
allá en Roma la sancta—gran llanto se hacía:
lloran duques, lloran condes,—llora la caballería,
lloran obispos, arzobispos—con toda la clerecía,
llora la corte Romana:—todos en comun decían:
«Tres días há con sus noches—que el duque no parecía.»
Mandó pregonar por Roma,—por toda la clerecía,
cualquier que al duque fallare—mil ducados le darian
de buen oro y de buen peso—luego se los pagarían.
Desque vieron los españoles—qué diligencia ponían,
búscanlo de casa en casa—al buen duque de Gandía.
Por ahí viniera un barquero—que viniera rio arriba;
besó las manos al Sancto Padre—é los pies con grande estima.
Allí habló el Sancto Padre:—bien oiréis lo que decía:
«En hora buena vengas, hombre;—buena sea tu venida.

(1) En 1491 el infante D. Alfonso, príncipe heredero de Portugal, y yerno de los Reyes Católicos, murió á los diez y seis años de una caída de caballo que dió cerca del Castillo de Almeirín. ¿Esta canción, seguramente popular, sirvió de base al romance artístico que sobre el mismo asunto compuso Fray Ambrosio Montesino, y se halla en su *Cancionero Espiritual*; ó al revés, la composición del poeta culto, que por una feliz inspiración se había asimilado el tono de los romances heroicos, fué luego adaptada, abreviada y cantada por el pueblo, añadiendo los juglares el estribillo? Gastón Paris sostiene la primera de estas opiniones, y Milá y Fontanals la segunda.

Díme ¿traes nuevas del duque—de mi hijo, de Gandía?»
 —«Yo no traigo nueva cierta,—ni de cierto lo sabía;
 mas fui estando esta noche,—señor, por ganar mi vida,
 oí un gran golpe en el río—que todo el río sumía.
 Quizá por el su pecado—será el duque de Gandía.»
 Toman barcos y bateles—cuantos en Roma había.
 Río arriba, río abajo—buscan al duque de Gandía.
 Mas aquel mesmo barquero—que las nuevas traído había,
 echó los hierros en el agua,—con el duque topado había.
 Desde que le hobieron sacado,—señores, era mancilla:
 tenía siete puñaladas—todas de mala herida;
 degollado por la garganta,—que él tal mal no merecía;
 una gran piedra al pescuezo—todo el cuerpo le sumía;
 un sayo arcarchofado—que un cuento y más valía,
 un jubón de cetí negro—que se vistió aquel día.
 Un cinto de cadenas de oro—que tres mil ducados valía;
 otros tantos en la bolsa—y dende arriba sería.
 Por ende mirad, señores—y poneldo en mal estima
 que los que al duque mataron—por dineros no lo habían.
 Habíanlo por el malogrado—del buen duque de Gandía.
 Volvamos al Sancto Padre—de las cosas que hacía:
 hincó las rodillas en tierra—á Dios su oración hacía;
 llorando de los sus ojos—de la su boca decía:
 «¿Quién te mató, mi hijo,—y matárteme quería?
 ¡Malditos sean de Dios,—tambien de Sancta María!
 ¡Lo que yo maldigo en la tierra—en el cielo se maldecía!»
 Allí habló un arzobispo—que de la traición sabía:
 «No los maldiga tu Sanctidad—ni los quiera maldecir,
 que los que al duque mataron—llevan atan gran pecado,
 bien contado no sería.....»
 Allí habló el Sancto Padre:—bien oiréis lo que decía:
 ambas rodillas hincó—como antes hecho había:
 «¡Benditos sean de Dios—tambien de Sancta María
 los que á mi hijo mataron,—perdónolos por mi vida!»
 Mandó traer las cruces,—cuantas en Roma tenía,
 con toda la clerecía—traen al duque de Gandía,

llévanlo á Sancta María—del Pópulo que ende había,
y ahí lo entierran aquel día
 y un rétulo le pusieron—en su sepultura encima:
 «Aquí yace el malogrado—del buen duque de Gandía,
 del cual Dios haya merced—perdonando sus pecados
 y de todos los culpados. Amen.

(Comienza un razonamiento por coplas en que se contra-
 hace la Germania... con otras dos maneras de romance...
 fechas por Rodrigo de Reinoso. Pliego suelto gótico de
 la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional-
 Gallardo, *Ensayo*, IV, 1410.—Durán, *Romancero*, núme-
 ro 1.252, con muchas enmiendas, según su costumbre.)

27.

Romance de la dolorosa muerte del duque de Gandía.

Á veinte y siete de julio,—un lunes en fuerte día
 allá en Roma la sancta—grande llanto se hacía,
 por la muerte del buen duque—que se llama de Gandía:
 lloran duques, lloran condes,—lloraba la clerecía,
 por tres días, con sus noches—que el duque no parecía.
 Mandan pregonar por Roma,—y el pregón así decía:
 que cualquier que al duque hallase—mil ducados llevaría.
 Visto por los españoles—que tal pregón se hacía,
 buscaban de casa en casa—al gran duque de Gandía.
 Al papa vino un barquero—que en Tíber pescar solía,
 las rodillas por el suelo,—de esta suerte proponía:
 «Óigame tu Santidad,—gran señor, si te placía.»
 —«Di, barquero, tu embajada,—que oída te sería.
 ¿Traes nuevas por ventura—de ese duque de Gandía?»
 —«Yo no traigo nueva cierta—aunque traerla quería:
 y es que estando aquí esta noche,—casi la una sería,
 ví tres hombres abrazados—que lidiaban á porfía,
 todos tres en una puente—y despues ví que caía

uno dellos en el agua;—esto es lo que yo sabía.»
 En oír aquesto el papa—muy turbado se sentía :
 mandó juntar los barqueros—y á todos les prometía,
 que á cualquier que lo hallase—grandes dones le daría.
 Toman barcos y bateles—cuantos en el río había,
 río arriba, río abajo,—búscale quien más podía.
 Mas aquel mesmo barquero—que la relación hacía,
 echó los garfios en el agua,—con ellos al duque asía.
 Desde lo hubo sacado—muy gran mancilla ponía :
 siete puñaladas tiene,—todas de mortal herida,
 por el cuello degollado,—aunque no lo merecía;
 una piedra á la garganta—con que el cuerpo le sumía,
 un alcarchofado sayo—su lindo cuerpo vestía,
 un jubon de raso negro—que se vistiera aquel día,
 una gran cadena al cuello—que mil ducados valía,
 otros tantos en la bolsa—y otras joyas de valía.
 Entonces de verlo así—toda la gente decía :
 «Aquel que al duque mató—por dineros no lo había,
 sino por el mal logrado—del buen duque de Gandía.»
 Visto por el Padre Santo—á Dios oración hacía :
 «¡Malditos sean de Dios,—tambien de Santa María
 los que á mi hijo mataron,—todo mi bien y alegría.»
 Ahí estaba un arzobispo—que de la traición sabía,
 respondiendo al Padre Santo—de esta suerte respondía :
 «No los maldigáis, señor,—que no es cosa que cumplía,
 que los que al duque mataron—ya pasan de Lombardia.»
 Oyendo esto el Padre Santo—á su oración se volvía :
 las rodillas por el suelo—de esta suerte proseguía :
 —«Benditos sean de Dios—tambien de Santa María
 los que á mi hijo mataron—con tan grande alevosía :
 absuélvolos desde aquí,—pues Dios así lo quería.»

(Timoneda, *Rosa Gentil*, fol. 62 vuelto. — Wolf, *Rosa de Romances*, 60. — Durán, *Romancero*, n.º 1251) (1).

(1) Es refundición, hecha probablemente por el editor Timoneda, del romance anterior.

28.

Romance de La Serrana de la Vera.

Allá en Garganta la Olla,—en la Vera de Plasencia,
 salteóme una serrana,—blanca, rubia, ojimorena.
 Trae el cabello trenzado—debajo de una montera,
 y porque no la estorbara—muy corta la faldamenta.
 Entre los montes andaba—de una en otra ribera,
 con una honda en sus manos—y en sus hombros una flecha.
 Tomárame por la mano—y me llevara á su cueva :
 por el camino que iba—tantas de las cruces viera.
 Atrévime y preguntéle—qué cruces eran aquellas,
 y me respondió diciendo—que de hombres que muerto hubie-
 Esto me responde y dice—como entre medio risueña : [ra.
 —«Y así haré de tí, cuitado,—cuando mi voluntad sea.»
 Dióme yesca y pedernal—para que lumbre encendiera,
 y mientras que la encendía—aliña una grande cena.
 De perdices y conejos—su pretina saca llena,
 y despues de haber cenado—me dice : «Cierra la puerta.»
 Hago como que la cierro,—y la dejé entreabierta :
 desnudóse y desnudóme—y me hace acostar con ella.
 Cansada de sus deleites—muy bien dormida se queda,
 y en sintiéndola dormida—sálgome la puerta afuera.
 Los zapatos en la mano—llevo porque no me sienta,
 y poco á poco me salgo—y camino á la ligera.
 Mas de una legua había andado—sin revolver la cabeza,
 y cuando mal me pensé—yo la cabeza volviera.
 Y en esto la ví venir—bramando como una fiera,
 saltando de canto en canto,—brincando de peña en peña.
 —«Aguarda (me dice), aguarda,—espera, mancebo, espera,
 me llevarás una carta—escrita para mi tierra.»

Toma, llévala á mi padre,—dirásle que quedo buena.»
—«Enviadla vos con otro—ó sed vos la mensajera.»

(Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura... compuesto por D. Gabriel Azedo de la Berrueza. Madrid, 1677.—Barrantes, *Narraciones Extremeñas*, s. a. I, 15-18) (1)

(1) En este romance se fundan una comedia de Lope de Vega y otra de Luis Vélez de Guevara, ambas con el título de *La Serrana de la Vera*, y lo que es más extraordinario, un auto sacramental del maestro José de Valdivielso *La Serrana de Plasencia*. En todas estas obras dramáticas se intercalan versos del romance. Así Lope:

«Salteóme la serrana
junto al pié de la cabaña.
La serrana de la Vera
ojigarza, rubia y branca,
que un robre á brazos arranca,
tan hermosa como fiera,
viniendo de Talavera
ma salteó en la montaña

junto al pié de la cabaña.
Yendo desapercibido
me dijo desde un otero:
«Dios os guarde, caballero»;
yo dije: «Bien seais venida.»
Luchando á brazo partido
rendíme á su fuerza extraña,
junto al pié de la cabaña.»

Todavía es más clara la derivación en Luis Vélez, que conserva la forma de romance:

«Allá en Garganta la Olla
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana,
blanca, rubia, ojimorena.
Botín argentado calza,
media pajiza de seda,
alta basquiña de grana,
que descubre media pierna.
Sobre cuerpos de palmilla
suelto airosamente lleva
un capote de dos faldas

hecho de la misma mezcla.
El cabello sobre el hombro
lleva, partido en dos crenchas,
y una montera redonda,
de plumas blancas y negras.
De una pretina dorada
dorados frascos le cuelgan,
al lado izquierdo un cuchillo,
y en el hombro una escopeta.
Si saltea con las armas,
tambien con ojos saltea...»

Y finalmente, Valdivielso, que trovó á lo divino un asunto tan profano:

«Allá en Garganta-la-Olla,
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana,
pelirrubia, ojimorena,
recogidos los cabellos
debajo de una montera,

una ballesta en el hombro
y su espada en la correa,
á saltear caminantes
se sale por la ladera.
Quiso Dios y mi ventura
que me encontrase con ella...»

Azedo trae una variante de poca importancia, y parece que otras más

29.

Romance de Moriscote.

Á las armas, Moriscote—si las has en voluntad:
los franceses son entrados—los que en romería van;
entran por Fuenterrabía—salen por San Sebastián...

(Libro de música para vihuela, intitulado *Orphenica Lyra...* compuesto por Miguel de Fuenllana... Sevilla, 1564) (1).

**Aquí comiēca un romace con su glosa tro-
bado por el de Moriscote aplicado a otro
mejor sentido: cō un villancico de «llama
Dios al pecador», nuevamēte compuesto.**

Á las armas, rey del cielo,—pues las has de voluntad,
los traidores son entrados,—los que engañaron á Adam,
entraron por su pecado—y por (la) tu muerte saldrán,
no se esconden los tiranos—que muy descubiertos van,
del reino se apoderaron—y en él seguros están,
las leyes que en él han puesto—son como los que las dán,
que unos á otros se maten—y ellos les ayudarán,
que aborrezcan á su rey—y su Dios y capitan,

degeneradas se conservan todavía en la tradición oral de Extremadura. El romance de *La Serrana* puede considerarse como de transición entre los populares y los vulgares, y tiene la curiosidad de ser una de las más antiguas canciones de bandidos y facinerosos, género que abundó luego lastimosamente en la poesía vulgar así de Castilla como de Cataluña.

(1) Sólo los primeros versos de este romance, sin duda de asunto histórico, nos conservó Fuenllana en las notas musicales de su libro. En la imposibilidad de restablecerle hoy, recurrimos á una glosa á lo divino, que se encuentra en un pliego suelto de la Biblioteca del duque de T'Serclaes (Sevilla), y que deja entrever algo de lo que pudo ser el romance original.

el premio que les ofrecen—que por siempre durarán
 en los eternos tormentos—que nunca se acabarán;
 bravos son los enemigos—y muy poderosos ván,
 no hay poder sobre la tierra—que se les pueda igualar.
 Señor, si no nos visitas,—no se puede hombre salvar.
 Cuando lo oyó el verbo eterno—determina de encarnar
 en el vientre de María —la Virgen pura sin par.
 Nació en pobre portalejo—por las pompas despreciar,
 pobres paños le han vestido—por mejor disimular,
 en pesebre reclinado,—un asno y un buey á par;
 en señal del gran rescate—quiso en naciendo llorar,
 lo que su corazón dice—bien es de considerar :
 «Treinta y tres años cumplidos—tengo de peregrinar,
 porque la natura humana—se pueda recuperar
 de la gracia y la justicia—que perdió por el manjar;
 para darle nueva vida—la mía tengo de dar,
 las armas son mis arreos,—mi descanso es pelear (1),
 mi cama el duro pesebre,—mi dormir siempre es velar,
 lágrimas es mi beber,—desconsuelo es mi manjar,
 mi aposento es en la cruz—donde tengo de expirar,
 de mis ropas despojado—en suertes las han de echar :
 por amores de mi amada,—esto y más he de pasar.»

30.

Romance de asunto desconocido.

Triste está la reina, triste,—triste está que no reyendo,
 asentada en su estrado—frangas de oro está texendo.
 Las manos tiene en la obra—y el corazón comidiendo,
 los pechos l'están con rabia—ansiosamente batiendo.

(1) Este y los cinco versos siguientes deben cotejarse con el fragmento del romance primitivo que tiene en *La Primavera* el núm. 125.

Lágrimas de los sus ojos—hilo á hilo van corriendo,
 palabras muy lastimeras—por su boca está diciendo.

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos xv y xvi*,
 núm. 334. Con música de Contreras) (1).

(1) Parece fragmento de algún romance histórico. En el mismo *Cancionero* se halla, bajo el núm. 324, este principio de otro romance que puede aludir á la reina D.^a Isabel (madre de la Reina Católica), que pasó los años de su triste viudez retirada en Arévalo, donde murió en 15 de Agosto de 1496 :

Yo me soy la reina viuda,	en placer me vi, ¡cuitada!
reina que fué de Castilla;	Agora con triste vida.

No puede aludir á D.^a Juana la Loca, á quien nadie llamaba *Reina viuda*, puesto que era reina propietaria.

ROMANCES

NOVELESCOS Y CABALLERESCOS SUELTOS

31.

Romance de la Reina de las Amazonas.

Por los montes de Carasco—que están en el medio día,
 ví asomar una bandera—de incomparable valía,
 de raso verde y morado—trenada de argentería,
 con unas franjas de oro—tambien la cordonería,
 el asta era de marfil—á donde puesta venía
 con un mote rodeada—que desta suerte decía:
 «Donde falta la ventura—no aprovecha la valentía»
 Trecientas damas de guarda—ésta bandera traía
 con sus flechas y carcaxes—tocadas de gallardía,
 con unas escofias de oro—á guisa de Lombardía,
 las sayas de tela eran—poco más de la rodilla,
 en trecientos unicornios—cabalgando á la su guisa,
 tras estas vienen sus damas—siguiendo aquesta devisa
 de altibajo ataviadas,—ansí como convenía
 encima de dromedarios—con muy grande flechería,
 y en mitad de las mil damas—Pantasilea venía,
 reina de las Amazonas,—la cual iba en la conquista
 de los griegos y troyanos,—la cual á Héctor seguía
 con un arco y un escudo,—más que el sol cuando salía
 y una guirnalda de aljófar—trenzada con pedrería;
 la cual como llegó á Troya,—Troya con mucha alegría,
 á ella y á todas sus damas—con París la rescibía,
 la cual hizo tantas cosas—que apenas las contaría
 aquel gran poeta Homero—que desta guerra escribía,

aunque nada aprovechara—su ardid y valentía,
 pues do la fortuna falta—el esfuerzo fallecía.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 69 vuelto) (1).

32.

**Romance que trata sobre la muerte que dió
Pirro, hijo de Aquiles, á la muy linda Policena.**

«¡Oh cruel hijo de Aquiles!—Nunca mal te merecí;
 que si tu padre fué muerto,—ni lo supe ni lo ví;
 no me des así la muerte—ni tomes venganza en mí;
 que el favor de las mujeres—en los hombres yo le ví;
 no fenezcan los mis días—ni se pierdan ahora por tí.
 Baste, baste contentarte—con me ver ya destruir
 y la muerte de mi padre—y su muy triste vivir,
 la muerte de mis hermanos—con Héctor el varonil,
 la amazona que mataste—tan esforzada y viril,
 la ciudad toda abrasada—para mas la consumir.
 Sea contenta tu venganza—con que poco he de vivir,
 pues que por tierras extrañas—por esclava he de servir.
 —«Policena, Policena,—se escusa tu morir:
 pues por tus tristes amores—el mi padre murió aquí,

(1) Conformándonos con la clasificación de Wolf, ponemos estos cuatro romances entre los novelescos y caballerescos sueltos, aunque por su asunto son mitológicos, si bien la mitología está tratada en ellos de un modo romántico. Los tres primeros proceden de la *Crónica Troyana*.